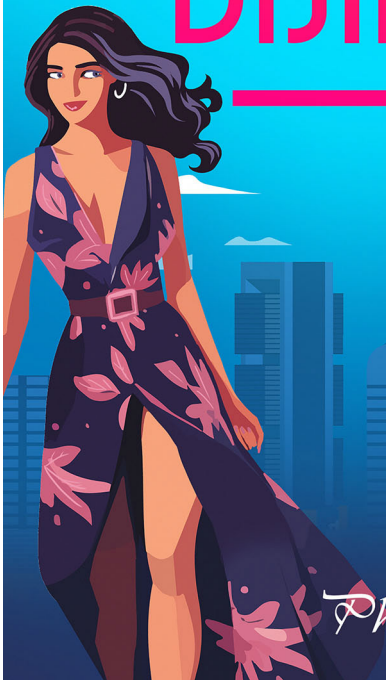


MARÍA BEATOBE

LO QUE
NUNCA
NOS
DIJIMOS



Phoebe

MARÍA BEATOBE

LO QUE
NUNCA
NOS
DIJIMOS



Phoebe

Para mi hermana Elena y mi hermano Roberto.

Gracias por no soltarme la mano nunca.

1

CUANDO LOS RECUERDOS PESAN

MARTA

No pensaba que una persona podía morir y resucitar en la misma noche.

Aquella tarde el cielo amenazaba con una tormenta de verano. Desde la ventana de mi casa, sin cortinas que ocultaran mi intimidad, observaba cómo las primeras gotas, deslizándose sin rumbo aparente, resbalaban por el cristal.

Me sentía como esas gotas, sin un lugar al que pertenecer. Solo los recuerdos me mantenían anclada, evitando que me ahogara en la realidad abrumadora que me rodeaba.

Esa casa era el único sitio donde me sentía parte de algo, pero las circunstancias y el murmullo constante en mi mente todas las noches me habían obligado a tomar una decisión difícil de asimilar en tan poco tiempo.

Sabía que lo que sucedería al salir por esa puerta dolería, pero no tanto como quedarme ahí.

Puse la mano abierta sobre el cristal, percibiendo cómo el frío recorría mis dedos. Cerré los ojos y por un instante me transporté a una realidad paralela, donde era una niña feliz, donde nada malo podía pasarme. Pero la realidad me golpeaba, echándome en cara que nada volvería a ser como antes, que la sonrisa de esa niña despreocupada había desaparecido hacía años.

Me giré, suspiré y miré a mi alrededor. Un montón de cajas apiladas en el centro del comedor, mis últimos cuadros pintados y un caballete eran las únicas cosas que me acompañarían a mi nuevo destino.

El resto estaba vacío.

Mi corazón, también.

Ni adornos ni muebles que pudieran hacer visibles momentos que jamás se escaparían de mi mente, aunque quisiera, porque, inconscientemente o de manera voluntaria, no se lo iba a permitir.

El silencio como único compañero de piso. *A priori* no me parecía tan mala idea.

A largo plazo no era una buena opción.

Estaba claro que no podía seguir viviendo en esa casa. Las imágenes que se reproducían en mi cabeza hacían que pasar los días allí fuera cada vez más complicado.

Por eso tenía que marcharme, y ese iba a ser el día, tras noches sin dormir intentando buscar otra solución que no fuera la más cobarde. Huir.

Había valorado muchas opciones para mudarme, desde buscar una habitación y compartir piso hasta irme al pueblo con mis abuelos, donde las posibilidades laborales se contaban entre una y ninguna. Sin embargo, tenía la sensación de que estaba dejando opciones de lado para salir corriendo de allí y evitar todo lo que me transmitía ese piso. Sentía miedo de que esas cuatro paredes pudiera engullirme como un tornado y que los recuerdos terminaran agobiándome hasta perder el aliento.

Pero una tarde, mientras nos tomábamos un café, mi mejor amiga, Cris, me contó que le habían ofrecido en el trabajo hacer una formación en Londres para perfeccionar el inglés y que, en el caso de que decidiera continuar allí su vida laboral, podría hacerlo en Chelsea.

Ella vivía sola y era una persona bastante solvente debido a su trabajo como responsable de publicidad en una prestigiosa multinacional del mundo de la joyería. Cris siempre había tenido un ojo increíble para las tendencias y una habilidad innata para conectar con la gente, lo que la había encaminado a escalar rápidamente en su carrera. En poco tiempo había pasado de ser una becaria más a ocupar un puesto de gran responsabilidad, donde se encargaba de diseñar y coordinar las campañas publicitarias que definían la imagen de la marca de forma global. Era una máquina.

Cuando le expliqué mi situación, no dudó en ofrecerme una habitación en su casa. Yo tenía pocos ingresos, y, al saberlo, Cris insistió en que no quería que le pagara nada de alquiler. Le agradecí

enormemente el gesto, pero no me sentía cómoda de gratis. Así que, después de discutirlo un poco, acordamos que le pagaría algo simbólico, una pequeña cantidad que, evidentemente, no se comparaba con el valor real del alquiler. A Cris lo que realmente le interesaba era que el piso no se quedara cerrado mientras ella estaba fuera, y yo, a cambio, tenía un lugar maravilloso para vivir sin agobios financieros ni personales y sin todos los recuerdos que me transmitía mi casa.

Necesitaba cambiar de entorno, y ya no era una opción: se había convertido en una necesidad. Mi salud empezaba a depender de marcharme o permanecer allí.

Fue todo muy rápido. En apenas un par de semanas estaba con todo recogido para mudarme a casa de Cris y empezar de cero.

Mi amiga se las arregló para que algunos de sus conocidos vinieran a ayudarme con la mudanza en una furgoneta. Si alguien tenía contactos, esa era ella. Extrovertida, simpática, inteligente y atractiva. Una mujer luchadora que nunca se dejaba vencer por un no y que siempre mantenía sus objetivos claros. Todo lo contrario a mí. Antes me consideraba tímida, insegura y bastante normalita. Pero con el tiempo y las experiencias de la vida, me había vuelto un poco menos retraída y había empezado a confiar un poco más en mí misma. Por entonces descuidaba un poco mi aspecto, pero tampoco era algo que me preocupara demasiado. Y no lo veía como algo negativo: simplemente era una etapa diferente. Antes de lo que... ocurrió, yo solía ser como Cris, pero la vida me había golpeado tan fuerte que aún estaba tratando de recuperarme. Aunque había cambiado, prefería la comodidad, una coleta alta y tal vez un poco de maquillaje ligero. Mi estado emocional también se reflejaba en mi aspecto externo.

Solo me arreglaba de verdad para ir a la discoteca en la que trabajaba como camarera los fines de semana. Era como una especie de rutina no escrita, una norma tácita que seguía sin cuestionar. Quizás era porque allí me sentía un poco más segura de mí misma, como si el maquillaje y la ropa especial fueran una armadura que me protegía de las miradas y los juicios externos. Aunque fuera solo por unas horas, aquel momento frente al espejo me daba una sensación de control, una pequeña dosis de la confianza que tanto necesitaba. Parecía que, al ponerme aquella máscara de maquillaje, también pudiera ocultar un poco las cicatrices emocionales que aún no habían sanado del todo.

Había quedado con los transportistas a las cinco y aún faltaba media hora para que llegaran, así que me senté en el suelo, me encendí un cigarro y expulsé el humo de la primera calada mirando hacia los cuadros que había pintado, que estaban apoyados sobre las paredes blancas del piso.

Entre ellos había uno muy especial para mí, demasiado: lo había pintado mi madre seis años atrás. Mostraba una figura desnuda de mujer, de perfil, difuminada entre tonalidades azules, naranjas y amarillas.

Ambas compartíamos el amor por la pintura, y disfrutábamos rellenando lienzos en blanco. Ella era más de figuras humanas y paisajes; mi instinto tiraba más por los colores vivos y un arte más abstracto.

Aún recuerdo el día que jugamos a pintar algo que a cada una nos supusiera salir de nuestra zona de confort. Fue tan divertido... Ella se dedicó a lanzar brochazos sin sentido de diferentes colores mientras se reía diciendo que se sentía ridícula, al tiempo que yo intentaba pintarla a ella. Imposible. Para mí era muy difícil definir una figura en un lienzo con la maestría con que mi madre lo hacía. Parecía fácil cuando ella, de manera tan concentrada, trazaba líneas aparentemente inconexas hasta dar forma a su objetivo.

En una exposición que hice puse en venta el único cuadro suyo que aún conservaba, previa petición de ella, pero cuando un señor vino dispuesto a comprarlo, dinero en mano, me di cuenta de que no quería deshacerme de él. Se lo expliqué al hombre lo mejor que pude, sintiéndome avergonzada por aquel retroceso en mi decisión, y aquel señor lo entendió, no sin antes aconsejarme que la próxima vez me lo pensara antes de exponerlo.

Desde ese día, ese cuadro no salió de mi casa a ninguna otra exposición.

La media hora pasó muy rápido, y a las cinco en punto sonó el timbre del telefonillo, lo que hizo que me sobresaltara y saliera de forma abrupta de mis pensamientos.

Vinieron dos chicos que muy amablemente me ayudaron a cargar las cajas. No eran demasiadas, pero en mi coche no entraban, ya que mi Ford Fiesta no daba para más. Tras contarles mi situación a mis abuelos, me propusieron guardar los muebles más grandes en su casa, en el pueblo. Los distribuirían y así yo no tendría que tirarlos,

regalarlos o venderlos. Y menos mal, ya que me hubiera costado mucho desprenderme de ellos.

En un solo viaje trasladamos todos los bultos hasta casa de Cris. Esa noche cenaríamos juntas en su casa, y así nos despediríamos, ya que ella se marchaba al día siguiente por la mañana rumbo a Londres.

2

ENTRE CUADROS Y CIGARRILLOS

MARTA

Una vez descargado todo, quise invitar a los chicos a que nos tomáramos algo en el bar de abajo, con el fin de agradecerles el esfuerzo sin cobrarme nada, pero declinaron mi invitación muy amablemente porque tenían otro encargo después del mío.

Cris regresaría más tarde, así que me dirigí a la que sería mi nueva habitación y empecé a sacar mi ropa para guardarla en el armario. No era una chica a la que le interesara especialmente la moda. Lo que sí me gustaba era ir a los mercadillos. Sobre todo a uno que se llevaba a cabo los domingos cerca de donde vivía. Disfrutaba mientras recorría los puestos con calma, observando lo que se vendía y siendo consciente del gran trabajo que comprendía todo lo artesanal. Quizá mi aprecio por este tipo de trabajo proviniera en parte del tiempo que había dedicado a pintar cuadros. Entendía bien la paciencia, la dedicación y la concentración que cada pieza requería. De vez en cuando me detenía y acababa entablado conversación con los artesanos.

Los fines de semana solía trabajar en una discoteca del centro de Madrid, para ganarme la vida, porque por desgracia la venta de cuadros no me daba para tener un sueldo fijo todos los meses. Siempre había sido una chica bastante previsora, y tenía unos ahorros que me dejaban acabar el mes sin demasiados agobios, aunque lo que tenía guardado no duraría para siempre, así que tenía que empezar a ponerme las pilas.

Para mí trabajar en la discoteca era toda una bendición. Desde hacía unos años tenía pesadillas frecuentes y, en general, dormía pocas

horas. El ambiente activo y enérgico de la discoteca me mantenía despierta y alerta. Era un suplicio encarar el sueño todas las noches. Mis pesadillas eran una parte complicada de mi vida. Con asiduidad eran intensas y muy reales, y hacían del sueño una experiencia desafiante y agotadora. Las noches se convertían en un campo de batalla donde luchaba contra mis propios miedos y demonios internos. Era insufrible. Pero incluso en medio de la oscuridad las velas de sándalo, mis favoritas, seguían ardiendo, haciéndome ver que la luz siempre estaba presente, incluso en los momentos más oscuros.

La habitación que ocuparía en casa de Cris era bastante amplia y luminosa, algo que agradecí, ya que para mí era importante que el cuarto tuviera mucha luz. Bastante oscuridad había ya dentro de mí.

Al entrar, había un armario empotrado a mano derecha con puertas correderas de madera que hacía juego con un pequeño escritorio, y a la izquierda quedaba una cama de matrimonio con una colcha floreada de la misma tela que las cortinas. La decoración no me gustaba mucho, pero era temporal, y de primeras estaba bien para empezar. Las paredes eran blancas y estaban desnudas, sin ningún cuadro ni una foto. Mi cabeza empezó a imaginar cuadros ocupando esas paredes y sonreí.

No tenía nada que ver con mi anterior habitación, una estancia llena de color y recuerdos en forma de imágenes pinchadas sobre un corcho. En mi antiguo cuarto tenía en la pared un par de cuadros que había pintado yo misma que le daban un toque de color y vida al lugar. Cada pincelada era como un pedacito de mi ser plasmado en lienzo, una expresión de mis sentimientos y pensamientos más profundos. Y las velas, nunca faltaban las velas, que inundaban mi habitación siempre con un mismo aroma: el sándalo. Su fragancia envolvía el aire, creando un ambiente acogedor y tranquilizador que me abrazaba al entrar. Más allá de ser simplemente agradable, era un olor que de alguna manera me definía y que tenía el poder de calmar mis nervios y aliviar mi mente cuando había tenido un día difícil.

También tenía una estantería repleta de libros entre los que me encantaba bucear y vivir diferentes vidas, títulos que me hacían evadirme de la realidad y crearme protagonista de escenas que me sacaban una sonrisa y me provocaban un vuelco en el estómago. Por muy agotada que estuviera después de una larga noche en la discoteca, siempre hallaba consuelo y entretenimiento en sumergirme

en las páginas de un buen libro. Pero también me gustaba leer revistas relacionadas con la pintura, o sobre museos, y soñar que en algún punto de mi vida mis cuadros pudieran estar presidiendo alguna de las salas de algún museo importante.

Me acordé de un libro en particular que había capturado mi atención de principio a fin: *Mujercitas*. Lo que más me fascinaba de esa obra era una frase que se repetía a lo largo de sus páginas y que se quedó grabada en mi mente: «*Ser valiente no significa no tener miedo, sino actuar a pesar del miedo*». Esas palabras, escritas por Louisa May Alcott, me recordaban la importancia de enfrentarme a mis temores y seguir adelante, incluso cuando la incertidumbre amenazaba con paralizarme. Que era en muchas ocasiones.

Esa frase se convirtió en mi mantra, en mi memoria constante de que el miedo no debía detenerme en mi camino hacia mis metas y sueños. Cada vez que me sentía insegura o dudaba de mis capacidades, recurría a esas palabras como una fuente de inspiración y fortaleza, aunque a veces el miedo podía más que yo, me ganaba el pulso con demasiada ventaja y eso me hacía sentir débil, vulnerable, triste.

Empecé a colocar la ropa tranquilamente en ese armario que, nada más abrirlo, emanó un fuerte olor a naftalina. Estaba emocionada por respirar otro aire, otro entorno, y de compartir piso con Cris cuando volviera de su viaje. Mientras ella estuviera ausente, viviría sola, pero ya estaba acostumbrada, así que tampoco me suponía un problema, todo lo contrario: era una persona que disfrutaba de la soledad elegida, de poder concentrarme en mi pintura y en mis objetivos, de ver una película tumbada en el sofá, mientras me fumaba un cigarro y bebía una cerveza. Podía parecer algo egoísta, pero estaba en un momento de mi vida en el que no necesitaba nada más. O al menos eso quería creer. Tenía mis escauceos con chicos, pero sin más implicación personal que acostarnos de vez en cuando.

Cuando llevaba colocada casi la mitad de mi ropa oí que se abría la puerta de casa.

—¡Compañera! —escuché a Cris desde la entrada.

Automáticamente una sonrisa surcó mi cara, y solté sobre la cama la falda que tenía entre las manos. Corrí al salón y allí estaba ella, preciosa como siempre. Esa era mi amiga en todo su esplendor. Imaginad a una chica rubia con corte de pelo Bob, un estilo que le sentaba tan bien que estaba segura de que había sido diseñado

exclusivamente para ella. Su cabello rubio caía con gracia alrededor de su rostro, lo que añadía un toque de sofisticación a su apariencia juvenil.

Lo que más me llamaba la atención eran sus ojos azules. Cada vez que los miraba, sentía su mundo lleno de energía y vitalidad. Y esos labios que siempre estaban curvados en una sonrisa amable. La iba a echar tanto de menos cuando se fuera...

Con sus piernas interminables y esa elegancia que parecía sacada de una pasarela, Cris destacaba en cualquier sitio como una estrella en un cielo despejado. Pero lo que de verdad la hacía única era su gran corazón. Siempre lista para dar consejos, escuchar tus dramas y soltar un chiste para alegrarte el día.

—Bienvenida a tu nuevo hogar —me saludó envolviéndome en un gran abrazo.

—Gracias, mi rubia —le expresé de la misma manera.

—¿Qué tal se han portado César y Carlos con tu mudanza? —preguntó mientras se dirigía al sofá y se quitaba los zapatos de un puntapié con cada paso. Se sentó y se encendió un cigarro mientras me ofrecía otro.

—¡Muy bien! Demasiado bien diría yo —respondí mientras lo aceptaba—. Pero no me han dejado ni invitarlos a nada, ¡han salido de aquí despavoridos!

—Sí, es que les dije que no se entretuvieran, que tenías muchas cosas que hacer. —Exhaló el humo.

—¿En serio? ¿Los pobres me hacen la mudanza y tú les dices que se vayan corriendo nada más acabar? —Le tiré un cojín.

—Bueno —lo agarró al vuelo—, digamos que me debían un favor. —Alzó las cejas divertida un par de veces.

Esbocé media sonrisa.

—No te habrás acostado con ellos... —aventuré.

—Con los dos. Pero no digas nada, que entre ellos no lo saben.

Cris tenía esa genial habilidad de sorprenderme siempre con algo nuevo contándomelo como si no tuviera importancia.

Nos conocimos en el instituto, y desde entonces nos hicimos inseparables. Y vaya por delante que nuestra primera conexión fue una escena digna de película adolescente. Estábamos en una fiesta del instituto, de esas donde el DJ pone la música tan alta que sientes que te van a explotar los tímpanos. En medio del jaleo un tipo decidió que yo era su presa de la noche y se puso a intentar ligar conmigo con

más insistencia que un vendedor de seguros. Yo ya estaba a punto de salir corriendo cuando llegó mi heroína, Cris, para salvarme de aquel buitre disfrazado de chico guay que «en teoría» solo quería que bailáramos juntos. Lo que ocurrió fue que ambos teníamos un concepto diferente de «bailar juntos». Y «arrimar cebolleta» no era el mío.

Cuando Cris me rescató sentí un alivio tremendo. Le debía una, así que le ofrecí un cigarrillo y le propuse que saliéramos a tomar el aire.

Nos escapamos del bullicio y encendimos nuestros cigarrillos. Mientras soltábamos el humo, empezamos a hablar de nuestras batallitas, de esas veces incómodas en las que nos había tocado defendernos solas. Resultó que compartíamos una filosofía similar sobre cómo plantarles cara a los que nos venían con sus rollos, solo que ella era de las que se enfrentaban a ellos de frente, mientras que a mí me costaba más sacar las garras por mi timidez. Pero, eh, poco a poco fui mejorando.

Además, durante nuestra charla salió el tema de nuestras debilidades en forma de cuerpo masculino, y descubrimos que las dos éramos fans acérrimas del actor Ian Somerhalder. Sí, el mismísimo Damon Salvatore de *Crónicas vampíricas*. Nos partíamos de risa compartiendo anécdotas sobre algunos de los capítulos de la serie. Fue un rato de lo más divertido que nos permitió relajarnos y disfrutar de la compañía mutua. Y nos hizo olvidar al tipo ese al que en el fondo agradecemos su acercamiento, ya que, gracias a él, nosotras nos conocimos.

Desde aquel día, nuestras salidas a fumar se convirtieron en un ritual sagrado. Nos daban un respiro del caos diario y nos permitían fortalecer nuestra amistad. Era como nuestro momento para poner el mundo en pausa y simplemente ser nosotras mismas, sin preocupaciones ni dramas.

Aquella fiesta y nuestras «charlas de cigarro» marcaron el inicio de una amistad sólida y cómplice. Nos acompañaron desde los dieciséis hasta los veintitrés años que teníamos, en la celebración de nuestros cumpleaños juntas con unas fiestas que, de un modo o de otro, siempre acababan de forma épica.

3

PIZZA, CERVEZAS Y PLANES DE FUTURO

MARTA

Cris y yo nos las ingeniamos para terminar de organizar mis cosas entre risas y un dejo de melancolía. Luego decidimos darnos un homenaje con unas pizzas a domicilio de la pizzería del barrio, acompañadas, por supuesto, de unas cervezas para brindar por los nuevos horizontes que se avecinaban.

—Oye, rubia, me da penita que te vayas —le solté, soltando el humo del cigarro lentamente—. Sé que es una oportunidad de oro, pero voy a quedarme muy solita aquí.

—Gracias, Marta —respondió Cris con una sonrisa que escondía un toque de tristeza—. También te voy a echar de menos un montón.

—Siempre seré tu compañera de correrías, ¿eh?

—Claro que sí. Saber que cuento contigo me da ánimos para esta aventura. Y prometo no dejarte en la oscuridad. Incluso te contaré cuántas veces quemo las tostadas.

Sonreí mientras soltaba una risa.

—¿Y sabes qué? Aunque estemos a kilómetros de distancia, siempre podremos tener nuestras sesiones de quejas sobre el tiempo en videollamadas.

—¡Estoy deseando escuchar todas tus locuras londinenses! ¡Me dan miedo!

Permanecemos en silencio un momento, sumergidas en nuestros pensamientos. Luego, con un toque de humor, solté:

—Pero, ¡cuidado!, no vayas a caer rendida ante un inglés y termines quedándote allí, ¿eh?

Cris estalló en carcajadas, llenando el ambiente con su risa contagiosa.

—¡Ja! Pues, quién sabe, quizás me ligue a un inglés con un acento tan sexy que haga sombra hasta a los madrileños.

Nos reímos juntas, sabiendo que, a pesar de la distancia, siempre encontraríamos la forma de mantenernos conectadas.

—Gracias de nuevo, Marta. Saber que proteges mi espalda me da la fuerza que necesito para esta nueva aventura. ¡No te olvides de mí!

—¿Olvidarme? ¡Ni aunque quisiera lo conseguiría! ¿Quién va a ir dejando ahora la ropa tirada por todas partes? —señalé, riéndome—. Pero si coincides con algún inglés que esté buenísimo, mándame fotos.

Algunos veranos Cris y yo habíamos compartido casa estival. Compartir espacio con ella era una aventura constante. Ella era superdesordenada, del tipo de persona que dejaba un rastro de ropa tirada por donde pasaba, como si estuviera marcando su territorio. El primer verano pensé que sería un problema, porque yo era muy ordenada. Me encantaba que todo estuviera en su sitio; sin embargo, aunque sonara paradójico, el desorden de Cris no me molestaba demasiado. Lo suplía con otras muchas virtudes.

Cada mañana encontraba su chaqueta en el sofá, sus zapatos en la entrada y, a veces, incluso sus calcetines debajo de la mesa del comedor. Al principio me molestaba un poco, pero con el tiempo me acostumbré.

Lo curioso era que, a pesar de nuestras diferencias, nos llevábamos genial. Cris tenía una energía contagiosa y siempre sabía cómo hacerme reír. Su desorden era solo una parte de su personalidad caótica y encantadora. Y aunque me gustara que todo estuviera organizado, aprendí a apreciar la espontaneidad que Cris traía a mi vida.

No voy a negar que a veces me salía la vena regañona y le decía que parecía que yo era su madre, insistiendo en que recogiera sus cosas. Había días en los que se ponía las pilas y se daba cuenta de que yo no tenía por qué ir guardando todo tras ella. Esos momentos eran escasos, pero, cuando sucedían, me sentía como si hubiera ganado una pequeña batalla.

Además, Cris me ayudaba a gestionar mejor las noches. Cuando veía que no podía conciliar el sueño, se sentaba conmigo, me contaba

historias divertidas o me ponía música relajante. A veces hasta preparábamos una infusión y hablábamos de tonterías hasta que mis ojos empezaban a cerrarse.

Así que, mientras yo me ocupaba de mantener el piso limpio y ordenado, Cris me enseñaba a relajarme un poco y a no tomarme las cosas demasiado en serio. Retirar su ropa tirada por ahí de vez en cuando era un pequeño precio que pagar por tener a una amiga tan increíble a mi lado. Además, siempre tenía una buena excusa para reírnos juntas cuando le decía: «¿Cris, has vuelto a marcar tu territorio por toda la casa!». Y ella, con una sonrisa pícaro, simplemente respondía: «Bueno, de esta forma nunca me olvidarás».

—¿Y qué proyectos tienes ahora? —me preguntó Cris, que estaba tirada en el sofá con la tercera cerveza en la mano.

—Pues tengo ideas en mente. Alguna galería de arte para tantear, un par de artículos en dos publicaciones sobre arte...

—¿Remunerado?

—Sí, de algo tenía que valer haber ganado el Premio Villa de Arte. Pero sin duda mi sueño es poder exponer en la galería El Soho. Actualmente es la sala mejor valorada de la península. Si consigues exponer ahí, ya tienes medio camino hecho en tu carrera —afirmé exhalando el humo del cigarro hacia arriba.

—Ya verás cómo lo logras... Eres muy buena.

—Es muy complicado.

—No te cierres.

—No lo hago. Es que... exponer ahí es apuntar demasiado alto. —Enfoqué la mirada al techo.

—Nunca es demasiado alto si alguien ha conseguido hacerlo.

Después de una amena conversación que duró hasta altas horas de la noche, entre risas, varias cervezas y cigarrillos compartidos en el salón, decidimos irnos a la cama. El reloj marcaba alrededor de las dos de la madrugada cuando nos dirigimos a nuestras habitaciones, sintiendo una mezcla de melancolía y alegría por nuestra última noche juntas antes de que mi rubia partiera hacia Londres.